

(Conferencia pronunciada por el Rector Magnífico Ángel Olgoso la tarde del 28 *Descerebramiento* 134 E.P. (25 de enero de 2007, vulg.) en el Centro Cultural CajaGranada. El Rector la reconoce como acto fundacional-público del I.P.G. y se congratula de la brillantez de la velada, adobada por los Sátrapas granadinos con declaraciones entrañables, imposición de insignias, lectura de comunicados y fotografías pataphísticas.

APROXIMACIÓN IMPOSIBLE A LA PATAFÍSICA

Damas y caballeros

Serenísimos miembros del Trascendente Cuerpo de Sátrapas del Institutum Pataphysicum Granatensis

Estimados oyentes ávidos de una ciencia nueva que pronto serán saciados:

Venciendo mi natural repugnancia por asumir responsabilidades públicas y mi evidente falta de cualidades como conferenciante, me dispongo -durante las seis o siete horas que va a durar esta ponencia- a realizar la inaugural, sintética, semiconfidencial y nada solemne presentación de la Patafísica en estas latitudes, a emprender la tarea imposible de hablar de la Patafísica en términos no patafísicos. Y eso a pesar de que incluso su propio creador, Alfred Jarry, después de haber encarado la redacción de un *Tratado de Patafísica*, decidió renunciar a ello e incluyó los fragmentos en lo que luego se convirtió en la novela fundacional *Gestas y opiniones del Doctor Faustroll*, básicamente porque la Patafísica es para vivirla, porque cualquier formulación no puede más que echar sombra sobre ella, porque la Patafísica precede al ser y no deja desvelar aquello que es, ya que sin duda ella misma es un velo y se sitúa más allá de lo verdadero y lo falso. Pero aunque esta titánica empresa esté destinada al fracaso y a la traición, nuestras costumbres quieren, sin embargo, que nada ni nadie nos disuada de intentarlo con unas enormes, deportivas y absurdas ganas.

Cuando a fines del siglo XIX la ciencia, el arte y la religión se entrechocaban en las tinieblas, la Patafísica quedó de pronto al descubierto y su vaso de elección fue Alfred Jarry. Jarry, precursor de Dadaísmo y del Surrealismo, era un espíritu original, un ser ferozmente asocial, atractivo y grotesco, más personaje que persona, un genio anárquico y vanguardista, un bretón que cambió las largas temporadas en el manicomio de su madre y de su hermano por las pensiones y los cafés parisinos. Montaba en bicicleta, era diestro en el uso de la espada, llevaba siempre dos pistolas cargadas con las que disparaba simbólicamente contra todo pseudoartista o impostor intelectual que se cruzaba en su camino, optó por un suicidio gradual a través del consumo inmoderado de ajeno y éter, y murió en la miseria y casi en el anonimato. Aunque la palabra “patafísica” aparece manuscrita en el texto *Los Polacos* -obra anterior a su célebre *Ubú Rey*- e impresa por primera vez el día 23 de abril de 1893 en el Eco de París Literario Ilustrado, fue en la novela antes citada, *Gestas y opiniones del Doctor Faustroll*, editada póstumamente en 1911, donde Jarry reveló algunas claves de la Patafísica. Se trata de una especie de novela de aventuras al estilo de Verne, aunque recuerda a la Odisea y la deriva de Noé, donde trastoca lo culto y lo popular y presta alas a la divulgación científica y técnica. En el subtítulo de la novela se lee “novela neo-científica”. De por sí, el nombre de Faustroll se compone de “Fausto” y de “Troll”: el gnomo de la ciencia.

Como no tememos decir en voz alta lo que algunos piensan en voz baja, no nos importa reconocer que cualquier referencia a la Patafísica, comenzando por su nombre, provoca generalmente en los no iniciados una serie de reacciones que van de la risa de conejo a la hilaridad y del mohín de escepticismo al de desprecio. Sin embargo, la Patafísica lo es todo menos una bufonada, y convendría aproximarse a tan santos misterios con el mayor respeto. La etimología misma de la palabra *metafísica* es tan patafísica como la del sustantivo *patafísica* porque cuando, en el siglo I, el sabio Andrónico de Rodas asumió el deber de

ordenar las obras de Aristóteles en la biblioteca de Alejandría, y no encontró nombre que designase trece tomos o rollos de lecciones dispersas, los tituló *ta meta ta physika*: las cosas que van después de las cosas físicas. Patafísica es una formación onomatopéyica a partir de sucesivas contracciones de *epi (ta meta ta physika)*, es decir, la ciencia que se sobreañade a la metafísica, extendiéndose más allá de ésta como ésta se extiende más allá de la física. Según el razonamiento patafísico, si todo fenómeno es siempre individual, un accidente, una anomalía, entonces la Patafísica será sobre todo la ciencia de lo particular, por más que se afirme que sólo hay una ciencia de lo general, estudiará con ahínco y minuciosidad las leyes que rigen las excepciones y explicará un universo suplementario al nuestro (como el descubierto por Alicia al otro lado del espejo), describiendo ese universo que se puede ver, y quizá se deba ver, en lugar del tradicional. La Patafísica es, en consecuencia, la ciencia de todas las ciencias, la ciencia de las soluciones imaginarias, entendiendo que en la vida todo son excepciones y que las leyes físicas son, precisamente, excepciones no excepcionales, sin ningún interés. Sólo la excepción excepcional, lo imprevisto, lo aberrante, hace avanzar la ciencia; baste con recordar los comienzos de Fleming, de Pasteur y de otros ilustres científicos para constatar que todo verdadero descubrimiento acontece por azar. Dice Jarry que la humanidad vio tal fenómeno preceder o seguir a tal otro, y concluyó que todo sería siempre así, pero esto no es exacto más que la mayor parte de las veces, depende de un punto de vista y está codificado por la comodidad. ¿Qué ocurriría si lanzáramos una piedra hacia arriba y ésta no respondiera a la ley de la gravedad? ¿Por qué pensamos que la forma de un reloj es circular si de perfil es una figura rectangular, o elíptica a verla de tres cuartos? El retorno a lo Particular demuestra que cada hecho determina una ley, una ley particular. La Patafísica vincula cada cosa y cada hecho, no a una generalidad, sino a la singularidad. Y la metodología que utiliza para ello es la del análisis infinito: puesto que todo fenómeno, aún el más simple,

resulta inagotable, es capaz de tolerar una serie infinita de operaciones que, en sí, constituyen el fin mismo de la ciencia patafísica. Marcel Duchamp observó que *la realidad posible* puede obtenerse *distendiendo un poco* las leyes físicas. En suma, el universo sólo es “la excepción de sí mismo”, y ese “sí mismo” es la Patafísica. El universo, lo repito, no es más que una entelequia que únicamente existe como acumulación de singularidades, del mismo modo que esta presentación no es más que un galimatías que más adelante intentaremos descifrar con la milenaria precisión de un cirujano tuerto.

Por otro lado, aunque su historia no ha sido aún esbozada, la Patafísica ha existido siempre: desde que el hombre se rascó por primera vez la cabeza para calmar la picazón del pensamiento reflexivo, desde que Sócrates demostró a Menón que su joven esclavo sabía el teorema de Pitágoras, desde que Euclides sorprendió a sus coetáneos con el tratado de geometría, desde que Leonardo de Pisa escandalizó a los suyos del siglo XII al usar cifras arábicas en lugar de romanas, desde que aquel médico contemporáneo de Newton descubrió los ovarios de la mujer y acabó suicidándose en Suiza, o desde que Lewis Carroll estableció la identidad entre las coles y los reyes. Debe entenderse que todo patafísico anterior a la Era Patafísica (que comienza el 8 de septiembre de 1873, fecha de nacimiento de Jarry) es considerado como un patafísico involuntario, como un patacesor (Zenón de Elea, Rabelais, Johnathan Swift, Lawrence Sterne, Remy de Gourmont, Rimbaud, Marcel Schwob o Raymond Roussel, cuyas invenciones y procedimientos verbales son patafísicos por excelencia, pero que ignoraba probablemente a su genial contemporáneo), mientras que los posteriores a Jarry son patafísicos en general conscientes que han hecho más o menos uso de sus métodos: Arthur Cravan, Julien Torma, Jacques Vaché, René Daumal, Salvador Dalí, etc. No hay que olvidar que la Patafísica involuntaria aparece con frecuencia en la vida diaria y allí donde hay un leve rastro de actividad intelectual -la televisión, las hojas parroquiales, las

declaraciones de políticos-; asimismo, vestigios patafísicos pueden hallarse en Lucero y en el dios Pan tanto como en santo Tomás de Aquino o en Pío XII, y el propio Heidegger fue sin saberlo un precursor de la Patafísica, ya que esta ciencia es el adelantado de las escuelas filosóficas no dogmáticas de hoy. En el dominio de los objetos y de las máquinas, especialmente, la Patafísica parece tener un prometedor futuro. Considérense, por ejemplo, los objetos imposibles de Jacques Carelman o las máquinas del inventor norteamericano Lawrence Walstrom: una de ellas, compuesta por 700 piezas, funciona a la perfección, pero no sirve absolutamente para nada; otra -una máquina de calcular- se descompone en cuanto se la pone en marcha.

Finjamos que hasta aquí me habéis seguido sin dificultad. Si damos por sentado que todo es patafísico, que más allá de la Patafísica no hay nada y que ella es la Suprema Instancia, obviamente no se puede abarcar algo de esa malévola naturaleza más que por aproximaciones:

La Patafísica es un método, una disciplina, una actitud interior, un rito, un punto de vista, una mistificación. Es a la vez todo eso y nada de eso.

La Patafísica es un saber inventado por Jarry que le permitió trascender las limitaciones que la literatura imponía a su obra.

La Patafísica no es una nueva escuela filosófico-literaria nacida en París y ahora ofrecida a la voracidad del público granadino.

La Patafísica es una geometría novísima del conocimiento.

Un arte que permite a cada cual vivir como una excepción y no ilustrar otra ley que la propia.

Una manera de formular el mundo distinta a la acostumbrada.

Una tentativa a veces heroica, a veces patética, de interpretar los hechos.

Un Arca inútil que boga y vaga en el diluvio de las utilidades.

Una empresa que no toma en serio ni la seriedad ni la risa.

Una reacción bufonesca y destructiva contra la doctrina positivista y el edificio aristotélico.

Un elogio a la curiosidad y a las investigaciones ricamente especulativas.

Uno de los revulsivos más serenos, cándidos y fructíferos del siglo XX.

Una navegación de descubrimiento y de aventuras en el seno de eso que Jarry llamaba Ethernidad.

La patafísica es -y nunca podremos agotarla con definiciones- un perpetuo Presente, tanto en el sentido temporal como en el de regalo y de feliz sorpresa. Lo que era aceptado como medida de lo real en el siglo XV, resultaba ridículo en el XVIII, y lo que ahora pensamos como explicación válida del universo, probablemente no sea más que otro error que añadir a los anteriores. La única opción del que quiere conocer es la del eterno presente. Por eso, la Imperturbable Patafísica permanece inmóvil pero atenta en el cambio sin fin, fiel a su lema *EADEM MUTATA RESURGO*, simbolizado por la espiral de la monstruosa panza del Padre Ubú, representación de la búsqueda eterna que gira sin cesar sobre sí misma. Su otra divisa inmortal: “Pienso de buena gana en cosas en las que pienso que los demás no pensarán” -tomada de una obra menor, original de Flers y Caillavert- alude al propósito de la Patafísica de abarcar y agotar todo el conocimiento, intención felizmente abocada al fracaso, pues este proyecto enciclopédico quiere ocuparse también de lo imaginario, de lo creado como ficción y de todo lo que se puede crear. La Patafísica encara el universo real en su totalidad, junto con los otros universos posibles. Ahí es donde la Patafísica va más allá, ayudada por su afición a la construcción lógica y a la lucha contra los estrechos marcos de la lógica. Pongamos algunos ejemplos. El Colegio de Patafísica, del que hablaremos a continuación, ha sido fuente

incesante de ciencias imaginarias, teorías e inventos de todo tipo, desde el cálculo de la superficie de Dios mediante procedimientos matemáticos, los estudios sobre náutica terrestre o sobre el problema del ombligo en Adán y Eva, hasta las recientes y divertidísimas tesis de Miguel Arnas en las que demuestra que las aspiradoras y los carritos de la compra poseen voluntad propia o que el Más Allá y la Patria tienen la consistencia y textura de los excrementos caninos, sin olvidar algunos de los inventos del Príncipe más inteligente y fino de la Patafísica, Boris Vian, como la rueda elástica, la cama-biblioteca o las Grandes Carreteras Graves. Para este último proyecto, Boris Vian ideó que se construyeran, en París y en Marsella, unos soportes de 40 km de altura, unidos cada uno al pie del otro con una vía carrozable, obteniendo a sí una pendiente del 5% en ambos sentidos (la distancia entre las dos ciudades es de 800 km), que podrían recorrerse por el simple efecto de la gravedad. Es menos costoso -decía- elevar a 40 km un peso que hacer recorrer a un motor 800 km. A esto se añadían otras ventajas: en el suelo se multiplicaría la superficie dedicada a los cultivos; allí arriba el aire sería puro; los vehículos, sin necesidad de combustible, se autoconducirían; imposible los accidentes de frente, sólo sería previsible el choque por detrás, pero incluso en caso de colisión los testículos se eyectarían fuera de la calzada, deslizándose por los acanaladuras previstas en la carretera para tales eventualidades.

El 29 de diciembre de 1949, en París, después de la aparición de sus Obras Completas, amigos y admiradores de Alfred Jarry (J. H. Sainmont, el Doctor Sandomir, Oktav Votka y Mélanie le Plumet) crean tras largos titubeos, y *en vista de una necesidad que se hacía sentir generalmente*, el Colegio de Patafísica. El objetivo no era sólo resguardar su obra y su memoria, pasarlo bomba a su costa o satirizar las academias conservadoras, sino seleccionar a los patafísicos que no se ignoran entre aquellos que se ignoran y promover la Patafísica en este mundo y en todos los otros. El Colegio no es un movimiento literario, artístico o

ideológico, ni una cofradía compuesta por cantamañanas, provocadores, estrafalarios, filósofos o latinistas que se condecoran entre ellos con títulos absurdos y ridículos para protegerse de la Estupidez Universal, se trata más bien de una sociedad de investigaciones sabias e inútiles establecida en torno a su peculiar estructura jerárquica, a su propio calendario y a sus publicaciones y actividades. El Colegio de Patafísica no vale ni más ni menos que la Academia Española o el Comité Auxiliar de la Sociedad Masculina del Jardín de Hilldale para la Erradicación de la Hiedra Venenosa, pero estimamos que la historia del Colegio es también la historia de las vanguardias del siglo XX, y no sólo como precursor del movimiento Dadá, del teatro de la crueldad y del absurdo o del grupo Pánico. Ahí están algunos de sus miembros para demostrarlo: el singular surrealismo de Max Ernst y Boris Vian; las inimitables miradas de Miró, Duchamp y Escher; Dubuffet y el Art Brut; Asger Jorn y el Grupo Cobra; Enrico Baj y el Situacionismo; el Oulipo de Italo Calvino y Georges Perec, etc. Poco antes de morir, Ionesco comentaba: “Estoy cubierto de galardones y galones, desde la Academia Francesa hasta la de Boston. Pero el título que más me importa es el de Sátrapa: el Colegio de Patafísica corona todas las academias pasadas, presentes o por venir”. El Cuerpo de Sátrapas es el más célebre del Colegio, y sus miembros los más activos, incluso cuando se abstienen de toda actividad. Recordemos que, según el Artículo 11 de sus *Estatutos*, el Colegio (como la Patafísica) “no obliga a nada, sino que, por el contrario, desobliga en todos los sentidos de la palabra desobligar y de la palabra sentidos”. Además, el lugar eminente que todos los Sátrapas ocupan en sus especialidades hace resplandecer la omnipresencia de la Patafísica en los círculos más cerrados de nuestra civilización. Han sido y son Sátrapas, junto a los citados anteriormente, Raymond Queneau, Man Ray, Jacques Prévert, René Clair, Michel Leiris, los Hermanos Marx, Jean Genet, Jean Baudrillard, Umberto Eco, Fernando Arrabal, Darío Fo y muchos otros menos reconocidos.

El centro del organigrama del Colegio lo ocupa el Curador Inamovible, Faustroll, quien por ser un personaje de novela, es eterno. Le asiste en la tierra un Vicecurador. El primero fue el Doctor Sandomir, contemporáneo de Jarry y el más anciano de todos los fundadores del Colegio. El segundo Vicecurador fue el barón Mollet, en su día secretario particular de Apollinaire. Opach, el tercero, murió durante el período de 25 años de ocultación que él mismo prescribió para el Colegio. Tras la muerte de Opach, hubo una votación secreta para elegir al cuarto Vicecurador, y en año 2000, cuando acabó el período de ocultación, se hicieron grandes fiestas en París y se desveló su identidad: se llama Lutembi, es un cocodrilo que vive en las orillas del lago Victoria, en África, y se comunica con el Colegio haciendo signos en la arena con las patas delanteras, signos que un cuerpo de convectoros interpreta para el dominio general (en los estatutos del Colegio está consignado que el Vicecurador tiene que ser un ser vivo, pero no necesariamente un ser humano). El Vicecurador es asistido por un Rogador, por los Protodatarios y los Deuterodatarios. Viene después el cuerpo de Proveedores, los Regentes de las Cátedras y el Cuerpo de Sátrapas, jerarquías tomadas en su mayoría de la antigua nobleza polaca. Hasta aquí las autoridades, llamadas Optimates. Pero no se crea que el Colegio está compuesto -como los ejércitos españoles o sudamericanos- únicamente por oficiales. La tropa, menos conocida, formada por enfiteutas, reales y aparentes, auditores y corresponsales, constituye los cimientos de todo el edificio, y sus miembros son en número infinitamente más considerables que los Optimates.

Entre los primeros trabajos del Colegio se cuentan, además de los *Estatutos* y el *Organigrama*, el establecimiento de un *Calendario Perpetuo Patafísico* de trece meses, con 28 días cada uno (*Absoluto, Ha Ha, As y Arena, Descerebramiento, Gules, Pedal, Clinamen, Palotín, Mierdra, Espanziral, Tatane y Falo*). Es bien sabido que la instauración de un calendario supone una nueva cosmología, el bautismo de una época, y la Revolución Francesa

es el ejemplo clásico de la renovación de un mundo. La Era Patafísica -recordemos que empezó el 8 de septiembre de 1873- no ha superado a los calendarios gregoriano, juliano o musulmán, pero sí al revolucionario. En el Santoral laico patafísico, cada día está dedicado a un Santo de nueva creación: San Julio Verne, San Goya, San Sade, San Don Quijote, San Van Gogh, San Lautréamont, San Swift, San Carroll, etc. En este panteón privado aparecen naturalmente personajes del ciclo del Padre Ubú y numerosos chistes y mofas: San Dios, jubilado; San Priapo, francotirador; Santa Pirotecnica, iluminada; San Caracol, estilista; San Landrú, ginecólogo, etc.

Una vez reformada la indescriptible miseria de los calendarios tradicionales, el Colegio se entregó con ímpetu sobrehumano a aplicar sus ciencias imaginarias a cada ámbito de la realidad, o de las posibles realidades. Para ello se valió de 28 Cátedras fundamentales, de 78 Cátedras complementarias y de 7 Comisiones o Departamentos, cuyo conjunto cuenta con un total de 77 Subcomisiones. Para dar una idea de la múltiple actividad del colegio habría que reproducir páginas enteras de disciplinas anómalas y chocantes con una nomenclatura del todo críptica (páginas que les voy a evitar -tan grande es mi virtud cristiana- pues veo ya a las lágrimas resbalar por sus mejillas, causadas con toda seguridad por la emoción intelectual y no por la desesperación), entre las que se cuentan Cátedras como la de Velocipedia, Onirocrítica, Pompagogia, Trabajos Prácticos de Descerebramiento o Mecánica Estética.

Durante más de 50 años de vida, El Colegio ha tenido como una de sus principales tareas la de la edición. Y mientras transcurrían los 25 años de ocultación, la tarea fue asumida públicamente por el *Cymbalum Pataphysicum*. Los frutos de esta empresa han sido muy variados: una revista, *Viridis Candela*, que ha conocido sucesivamente las series llamadas *Cahiers*, *Dossier*, *Subsidia*, *Organographes*, *Minotaires*, *L'Expectateur*, y la actual *Carnets*

Trimestriels, en general con cada número dedicado a un tema especial (los cactus, las bibliotecas imaginarias, la espiral, el arca de Noé, las herejías, el Polo Norte, la sabiduría de los pueblos, la construcción de la máquina para explorar el tiempo, etc.), amén de varias docenas de Publicaciones Internas, con una presentación menos severa que los cuadernos y formatos más audaces: triangulares, pentagonales, trapezoidales, ediciones “inclinadas”, o al estilo de los copistas medievales, como la Oración Fúnebre de Mélanie le Plumet impresa en oro sobre papel negro, o el facsímil de un libro del tipógrafo loco del siglo XIX Nicolas Cirier, que incluye mariposas pegadas a mano. La estética -afirman los patafísicos- es una de las formas más importantes de la ética: el que hace cosas bellas, hace cosas buenas. Por descontado, la diversidad de formatos, papeles y tipografía, la rareza de los textos y sus reducidos tirajes las han convertido en piezas de extraordinario valor para los bibliófilos.

Pero además de la publicación de una revista de alto interés científico, de pequeños libros de alto valor bibliográfico, de calendarios, de cientos de tarjetas postales y series filatélicas propias, el Colegio de Patafísica usó y usa los cursos y discursos públicos (como los de Raymond Queneau en la Sorbona o de Simon Watson-Taylor en Cambridge), las arengas, la exposición (como la fundamental *Exposición Jarry* de 1953), los fuegos de artificio, la entrega de premios, las peregrinaciones, los desfiles (como el célebre Desfile de los Niños Prodigio), la radio, el canto coral, el museo (como el Museo Patafísico de Londres) y la portación pública de insignias, corbatas, condecoraciones, gorros y hasta calzoncillos patafísicos.

Añadamos que, a comienzos de los años 60, el Colegio dio a luz una forma aún más rigurosa de aplicar el conocimiento a la creación: los talleres potenciales. El primero, dedicado a la literatura y creado por Raymond Queneau y François le Lionnais, buscaba estrategias matemáticas que permitieran creaciones literarias. Poco después del Oulipo se

materializaron talleres potenciales de pintura, teatro, música, cine, historia, cómic, etc. Y todos jugaban con las probabilidades, con las combinaciones, con las asociaciones impensadas, sin descartar ninguna vía de acceso al conocimiento.

Llegamos así a la política exterior del Colegio de Patafísica. A imagen suya surgieron posteriormente por todo el globo Institutos de Altos Estudios Patafísicos, organizaciones autónomas encargadas de irradiar la Ciencia en el mundo conocido, cada una con sus propias administraciones, nomenclaturas, publicaciones y actividades. De este modo se consolidaron, entre otras muchas, nuevas plazas fuertes en Buenos Aires, Milán, Estocolmo, Londres, Budapest, Québec, Bogotá y, ahora, en Granada. A estos efectos, no es ya posible que el Colegio de Patafísica deje de existir, créanlo, y aunque lo hiciera proseguiría solo y al margen de cualquier participante.

Para concluir, si tras la brevísima pero agotadora exposición anterior nos sentamos en la mecedora de la recapitulación, veremos que el Colegio de Patafísica promueve la Patafísica en este mundo y en todos los demás; que el Colegio es serio, erudito; que el Colegio no sólo estudia la obra de Jarry y de los inmarcesibles patafísicos, sino todo lo imaginado que no encuentra sitio en la realidad y todo lo real que no es admitido por la imaginación; que el Colegio no se opone a nada, se limita a proponer universos suplementarios; que el Colegio no tiene entre sus intenciones salvar a nadie, ni indicar el buen camino, de hecho no hay ninguna seguridad de que exista ese buen camino; que el Colegio es una institución de inutilidad pública y minoritaria por vocación; que el Colegio observa, registra, pero no emite juicios de valor; que el Colegio entiende la Ciencia como una cuestión administrativa; que la luz de la Candela Verde ilumina al Colegio y disipa las tinieblas; que la Patafísica es iluminación: existía antes de que nosotros llegáramos y existirá cuando nos marchemos, porque no nos necesita; que la luz patafísica permanecerá ahí, al alcance de todos y de nadie.

Ángel Olgoso

(Rector Magnífico y Proveedor-Propagador del I.P.G.)

Del 2 *Ha Ha*, Disolución de Edgar Poe,

al 21 *Descerebramiento*, fiesta de la Cátedra del Dr. Faustroll,

134 E. P.